

JOSÉ JURADO MORALES / RECuento DE LA NARRATIVA ESPAÑOLA EN 2014

Cabe comenzar por el recuerdo de algunas personas muy conspicuas en el ámbito de la edición y la difusión de la narrativa que fallecieron a lo largo de 2014: Josep María Castellet, Francisco Porrúa, Jaume Vallcorba, Joan Barril, Ana Santos Payán y, ya en 2015, José Manuel Lara. También murieron algunos narradores decisivos en la literatura de la segunda parte del siglo XX, como Ramiro Pinilla, Ana María Matute, Mercedes Salisachs, Armando López Salinas y Adelaida García Morales; otros a los que se les recuerda más por su aportación en géneros diferentes aunque tantearon lo narrativo, como Félix Grande, Ana María Moix, Leopoldo María Panero, Manu Leguineche y Rafael de Cózar; y otros cuya obra ha tenido menor repercusión, como el zaragozano José María Latorre Fortuño, el malagueño José Manuel García Marín y el gijonés Juan José Plans.

Nuevos moldes de la autoficción: el escritor como personaje narrativo

Desde hace ya años se aprecia una inclinación hacia un tipo de narrativa en la que más que la fabulación pura importa convencer al lector de la veracidad de lo contado. Una de las estrategias para conseguir tal fin consiste en la elaboración de un relato autoconfesional que conceda credibilidad: el escritor ofrece su vida y su realidad como materia novelada mediante un discurso introspectivo y metaliterario hilvanado por la identidad del autor y por la aproximación (si no identificación) de este con el narrador y el personaje. En 2014 hay dos casos sintomáticos: Luis Landero y Bernardo Atxaga han rebajado los trucos retóricos y los artefactos narrativos y han potenciado su experiencia existencial y literaria a fin de llegar a entender sus historias y presentes vitales.

El balcón en invierno (Tusquets) de Luis Landero surge ante las dudas que le provocan la composición de una nueva obra narrativa. El narrador, claramente identificado con el autor, reconoce la lucha interna sufrida entre la concepción de la novela como ficción supe-ditada a la pura invención y a los artefactos constructivos y como ficción apoyada en la rememoración biográfica y en los mínimos recursos novelescos. El resultado se decanta hacia la segunda opción: una escritura que se distancie del oficio de narrar lo imaginado y se acerque a la devoción por contar con sinceridad y autenticidad lo vivido. Con este dilema de partida y bajo una óptica memorialística y autobiográfica, narra la crónica de su adolescencia y primera juventud en el seno de su familia extremeña en el Madrid de la posguerra por medio de tres cauces argumentales: la migración del mundo campesino extremeño al mundo urbano de la periferia madrileña, las relaciones afectivas y conflictivas entre los diferentes miembros familiares, y la búsqueda de las raíces y la identidad del Landero escritor convertido aquí en personaje novelesco.

Días de Nevada (Alfaguara) de Bernardo Atxaga, Premio de la Crítica 2014 de narrativa en euskera, hunde su embrión en una vivencia personal: el desnortamiento que le procura la estancia junto a

su familia en la Universidad de Reno, Nevada (USA), como escritor invitado entre 2007 y 2008. Las experiencias vividas las fue anotando en forma de diario y luego las rehizo a modo de piezas narrativas más o menos engranadas con un arranque sujeto a los usos del dietario y una continuación de más difícil determinación genérica. En todo caso, el conjunto se aproxima a la condición de ficción novelesca en la que caben la diégesis narrativa, la digresión ensayística, la rememoración autobiográfica, la condensación del cuento, la descripción paisajística y la evocación de historias vascas. La unidad de esta obra introspectiva en la que explora los límites genéricos de la literatura viene dada por unas recurrencias reales y simbólicas y por unas matrices temáticas: la naturaleza, la vida social estadounidense, la evocación del mundo vasco, la familia y la muerte.

Lo mencionado también afecta a las novelas de Javier Cercas y Antonio Muñoz Molina, en las que la pretendida veracidad de lo contado procede, como en *Landero y Atxaga*, de la incorporación de los autores a la ficción y del sentido confesional de sus relatos, pero, además y como nota muy distintiva, de la elección de unos argumentos de base real e histórica que deben mucho a la investigación y la documentación y en los que los límites entre la información periodística y la novela se desvanecen y el engranaje entre la ficción y la no ficción se renueva.

Javier Cercas ha querido en *El impostor* (Literatura Random House) reconstruir la estrambótica historia de Enric Marco, un sindicalista nonagenario que inventó su paso por el campo nazi de Flossenbürg y se construyó un pasado como superviviente del holocausto. Sobre este hilo argumental Cercas remarca su apuesta por un tipo de novela en el que se aúnan de forma entreverada la diégesis, el ensayismo, la indagación histórica, la crónica periodística, el apunte biográfico y la dosis autobiográfica. El resultado apunta a una obra próxima a lo que se viene llamando de no ficción en la que, como en otras suyas, importa tanto la historia real de Marco como el transcurso mismo de la escritura, de ahí las continuas reflexiones metaliterarias sobre el alcance moral de la literatura en general y las dudas sobre la elaboración de esta en particular. La habilidad narrativa de Cercas y el soporte detectivesco del relato convergen en una novela envolvente que conduce al lector a plantearse la intrínseca condición impostora del ser humano, la necesidad universal de simular una identidad por conveniencia más conciliadora con nuestra conciencia y nuestro interés.

También Antonio Muñoz Molina consigue en *Como la sombra que se va* (Seix Barral), una novela en la que se superponen varias capas y que puede leerse desde varios ángulos. El primero de ellos remite a la matriz del argumento, que concierne a un acontecimiento histórico: el asesinato de Martin Luther King el 4 de abril de 1968 a manos de James Earl Ray y la reconstrucción que el escritor efectúa de los días que el asesino pasa en Lisboa a la espera de un visado para trasladarse a Angola. Hay en esto dos logros narrativos mayores: por un lado, la documentación cotejada agrega un ci-

miento veraz a lo contado; por otro, la indagación en los pormenores del crimen y el seguimiento de sus pasos en Lisboa conceden un andamiaje policiaco al relato. El segundo ángulo incorpora la esfera biográfica del propio Muñoz Molina a la novela: refiere y reflexiona sobre dos viajes a la capital portuguesa, uno en 1987 para rematar la escritura de *El invierno en Lisboa* y otro en 2012 para visitar a su hijo, y en medio menciona con actitud crítica episodios centrales de tono muy privado, como las relaciones matrimoniales o filiales. El tercer ángulo se cierne a lo metaliterario: las reflexiones sobre la creación y la literatura a raíz de la rememoración de lo que supuso *El invierno en Lisboa* en su vida personal y su trayectoria profesional.

Bajo los nuevos moldes de la autoficción en la que el escritor se hace pasar por personaje narrativo y en la línea mencionada de juego entre lo real y lo ficticio, la confesión y la invención, habría que leer otras aportaciones de 2014, como *La mujer loca* (Seix Barral) de Juan José Millás y *Kassel no invita a la lógica* (Seix Barral) de Enrique Vila-Matas.

Algunos autores han elegido, más allá de su propia identidad, episodios del sustrato familiar como punto de partida. Lo hacen Carlos Pardo en *El viaje a pie de Johann Sebastian* (Periférica), Vicente Valero en *Los extraños* (Periférica) y Sergio del Molino en *Lo que a nadie le importa* (Literatura Random House).

La memoria del pasado reciente: novelas en busca del entendimiento del siglo XX

Al margen de novelas que retroceden a épocas bien pasadas con propósitos próximos a la novela histórica canónica, tan frecuentada en las últimas décadas y que en 2014 tiene un logrado ejemplo en *Morir bajo tu cielo* (Espasa), donde Juan Manuel de Prada recrea la resistencia de los soldados españoles en Filipinas frente a los estadounidenses, se comprueba en los párrafos precedentes, con Cercas y Muñoz Molina, que algunos de los narradores más notorios han buceado en ciertos episodios del pasado reciente.

Ana María Matute dejó inacabada, pero suficientemente limpia y corregida, *Demonios familiares* (Destino), donde la Guerra Civil enfunda la matriz de la novela: las relaciones familiares condicionadas por episodios turbios del pasado que se quieren ocultar. El relato, que tiene por protagonista a una joven aspirante a novicia, reincide en unos posicionamientos vitales e intereses temáticos: la lectura de la Guerra Civil más allá de lo ideológico y lo político y las consecuencias de la confrontación de los dos bandos en el mundo interior de los personajes; la falta de afectos en la infancia que implica un desnortamiento en la adolescencia; los secretos, las conductas tiránicas y las prohibiciones impuestas por los adultos; el proceso de maduración y descubrimiento de la identidad personal; el misterio y el simbolismo de ciertos espacios naturales (el bosque) y domésticos (el desván); y la amistad y la solidaridad entre los débiles.

Almudena Grandes continúa con *Las tres bodas de Manolita* (Tusquets) el proyecto de sus *Episodios de una Guerra Interminable* con el que rinde tributo al pensamiento de Pérez Galdós y se suma a la tradición realista mediante el empleo de algunas de sus técnicas narrativas. Con esta nueva entrega se aleja del relato de las grandes batallas colectivas contra el franquismo para fijarse en las pequeñas

resistencias individuales y populares en el Madrid de los años cuarenta. Lo más logrado de la novela proviene de la selección muy bien documentada de los hechos históricos contados (la explotación de niños, los encarcelamientos en Porlier, el devenir clandestino del PCE, etc.), la disposición estructural (con capítulos alternos en primera persona, referidos a Manolita, y en tercera, referidos al resto de personajes) y el sentido cerrado de cada capítulo que se presenta como relato finito en sí mismo.

También de la guerra y la posguerra habla Luis Mateo Díez en *La soledad de los perdidos* (Alfaguara), protagonizada por Ambrosio Leda, un maestro huido tras la guerra para evitar la depuración y que lleva ya quince años oculto en Balma, la Ciudad de Sombra. La dureza realista de algunas escenas, el inquietante simbolismo de ciertos objetos (como el saco vacío que lleva el protagonista), las relaciones afectuosas o tensas entre los personajes, la apabullante calidad lingüística y la construcción de unos diálogos que escapan a la lógica conforman algunas de las virtudes de *La soledad de los perdidos*. Toda esta riqueza personaliza la escritura de Mateo Díez y aleja su novela de los caminos estilísticos transitados en la actualidad, de ahí que no resulte de lectura fácil, tanto más porque el escritor presenta una historia sin asideros espaciotemporales para transmitir mejor la sensación de extravío del personaje.

Con una concepción realista y galdosiana de la novela Ignacio Martínez de Pisón afronta en *La buena reputación* (Seix Barral) el devenir de tres generaciones de una familia de judíos sefardíes instalados en Melilla desde los años cincuenta a los ochenta del siglo XX. La singularidad de la novela viene otorgada por un espacio menos concurrido que otros en la literatura española (la ciudad de Melilla), un tiempo histórico visto desde un nuevo prisma (el final del Protectorado español de Marruecos y la transición política de los setenta), un episodio poco frecuentado (la relación de los judíos sefardíes con la España franquista y posfranquista) y dos pivotes temáticos (el peso de las raíces y el destino de las familias).

Luis García Montero ubica lo central de *Alguien dice tu nombre* (Alfaguara) en la Granada de 1963 y tira mucho de su propia educación sentimental, política, universitaria, intelectual y literaria a la hora de contar el aprendizaje existencial de León Egea, un joven estudiante de Filosofía y Letras con vocación de escritor.

Juan Marsé ha compuesto en *Noticias felices en aviones de papel* (Lumen) una novela breve que cuenta con dos personajes centrales: Hanna Pawli, una judía polaca ya anciana superviviente del nazismo y antigua bailarina del Paralelo, y Bruno, un adolescente de padres separados. El título alude a los aviones de papel con mensajes para la felicidad que la anciana protagonista lanza desde su balcón y que sirve para enlazar dos épocas: la de la Barcelona de los años ochenta, en que se sitúa el presente de la narración, y la Europa de los años cuarenta y siguientes. Los encuentros entre ambos terminan por componer una suerte de viaje iniciático hacia el mundo de los adultos, un relato sobre la memoria de lo vivido (lo sufrido) y un envite a una toma de conciencia de la solidaridad.

Por su lado, Ignacio Vidal-Folch se fija en *Pronto seremos felices* (Destino) en las contingencias vividas en la Europa del Este tras la debacle del comunismo con el epicentro de la emisión televisiva del juicio y la ejecución de los rumanos Nicolae y Elena Ceaucescu en diciembre de 1989.





J. JURADO
MORALES /
RECUENTO...

Javier Marías sitúa *Así empieza lo malo* (Alfaguara) en los alrededores de 1980, con el telón de la transición política y de una inminente aprobación del divorcio, para contar la historia de un matrimonio destruido desde la perspectiva narradora de Juan de Vere, un joven contratado como secretario por el marido y que actúa como investigador del pasado y cronista del presente de la pareja. Con estos ingredientes argumentales (a los que hay que sumar referencias históricas, realistas, cinéfilas, literarias y biográficas), Marías reincide en su modo de escritura digresiva y reflexiva sobre las conductas personales y colectivas. Juan de Vere escribe desde su presente casi quincuagenario de aquellas vivencias que le cogen con veintitantos años. En esas digresiones del narrador, que exhibe un talante valorativo y un discurso que a veces roza lo ensayístico, interesan mucho cómo tanto el amor y el deseo sexual (este especialmente en la juventud) como el rencor cobran valores equivalentes a la hora de mantener una relación sentimental, e interesan también las consideraciones sobre los actos de justicia, el perdón, la venganza, la dialéctica entre el olvido y el recuerdo, la sombra del franquismo y la posguerra.

La constatación del presente: la consolidación de un realismo sociopolítico

Todavía en 2014 Rafael Chirbes ha seguido disfrutando de reconocimientos por *En la orilla*: en sus manos han recalado el Premio de la Crítica y el Premio Nacional de Narrativa. A la estela de su magisterio se han publicado varias novelas que toman la situación actual de crisis económica, moral y política de España como referente desde la convicción de la responsabilidad social del escritor y bajo una estética esencialmente realista.

Belén Gopegui sigue su senda de narrativa de fundamento político y propósito reflexivo con *El comité de la noche* (Literatura Random House), una novela construida en parte sobre los rudimentos del relato de espionaje. En esta ocasión sus denuncias arrancan de la noticia leída por la escritora de una oferta ofrecida por una multinacional farmacéutica para comprar sangre a los parados que acepten donarla. Sobre esta peripecia configura sus protagonistas: una madre soltera y sin trabajo y una joven emigrante a Eslovaquia. Gopegui zamarrea una vez más los resortes de la llamada clase dominante, aboga por el control individual y colectivo del poder e insta a la regeneración y la construcción comunitaria.

Elvira Navarro cuenta en *La trabajadora* (Literatura Random House) la extraña relación de dos mujeres marcadas, respectivamente, por la precariedad laboral y la inestabilidad mental que se ven abocadas a compartir piso. Se trata de un relato, de lejana base biográfica, sobre la supervivencia en tiempos de crisis personal y colectiva que pone sobre el tapete algunos intereses propios de la escritora: la vinculación entre las patologías mentales (la ansiedad y el desánimo, entre otros) y las circunstancias socioeconómicas, el interés por la radiografía sociológica de los barrios y los núcleos urbanos periféricos, el tema del doble y la construcción ficticia de la identidad.

Poco tibia en su denuncia resulta *Made in Spain* (Caballo de Troya) de Javier Mestre, novela de tesis deudora de bastantes ideas de *El capital* de Karl Marx aprovechadas para lanzar una crítica ácida contra una realidad social determinada por la hegemonía del

capital y el mercado. Mestre se fija en el ámbito laboral, empresarial y sindical para subrayar la depresión de la industria en España, la desmovilización obrera, la pérdida de influencia de los sindicatos, la ruina de las empresas locales de facturación baja o media por culpa de los mercados globales, etc.

Por su parte, Miguel Ángel Ortiz presenta en *La inmensa minoría* (Literatura Random House) una mirada a los conflictos y las costumbres de unos adolescentes en un barrio pobre barcelonés y deja entrever mucho de la crisis económica y ética actuales. En cambio y aunque toca temas conflictivos como las cuestiones laborales, menor alcance crítico consigue Mercedes Cebrián con su primera novela, *El genuino sabor* (Literatura Random House).

La vigencia del género policiaco

El gusto por el género policiaco sigue en alza como demuestran la pervivencia de revistas especializadas, la actividad frenética de los festivales a la sazón, con los Getafe y Gijón a la cabeza, y la publicación de varios títulos bien acogidos en los que intervienen (en diferentes medidas en cada caso) la intriga, la aventura y los ambientes sórdidos: *Yo fui Johnny Thunders* (RBA) de Carlos Zanón, *Yonqui* (Erein) de Paco Gómez Escribano, *El gran frío* (Siruela) de Ana Ribas y Sabine Hofmann, *Un millón de gotas* (Destino) de Víctor del Árbol, *Consummatum est* (Suma de Letras) de César Pérez Gellida, *Los escupitajos de las cucarachas* (Cientocuatenta) de Andreu Martín, *Y el cielo era una bestia* (Anagrama) de Robert Juan-Cantavella, *Las cuatro torres* (Planeta) de Leandro Pérez, *Las mujeres de la Principal* (Seix Barral) de Lluís Llach.

Ramiro Pinilla entregó a imprenta *Cadáveres en la playa* (Tusquets), la tercera de sus novelas policiacas localizadas en Getxo y protagonizadas por el detective Samuel Esparta, escritor sin fortuna que regenta una librería y devora novela negra, y su ayudante Koldobike. En este caso un Esparta de cincuenta y tres años ha de averiguar en 1972 la muerte del antiguo novio de una tal Juana Ezquiaga sucedida durante la Guerra Civil, si bien, no por motivos políticos. Aunque distante del aliento de *Verdes valles, colinas rojas*, Pinilla vuelve sobre su deseo de contar las grandes y menudas historias sucedidas o imaginadas en su entorno vasco.

José María Guelbenzu viene ofreciendo con cadencia bianual desde 2001 una entrega de novela policiaca en la que imperan la intriga de la trama y el enigma de los episodios con el fin de oxigenarse de sus propuestas más experimentales, intelectuales y reflexivas. Una de las novedades de *Nunca ayudes a una extraña* (Destino), en torno al suicidio o asesinato de una mujer que poco antes ha sido atacada y violada, reside en el comportamiento de la juez Mariana de Marco, que en esta ocasión aparta su escepticismo amoroso al sentirse atraída por Javier Goitia, un periodista de investigación.

Reconoce Lorenzo Silva que con *Los cuerpos extraños* (Destino) ha querido terminar la trilogía de la corrupción iniciada con *El alquimista impaciente* y *La marca del meridiano*. De nuevo echa manos de su pareja de la Guardia Civil, el brigada Rubén Bevilacqua y la sargento Virginia Chamorro, para desentrañar el misterio de la desaparición y muerte de la alcaldesa, de vida sexual agitada y enfrentada a sus compañeros de grupo político, de una localidad levantina vapuleada por los desmanes urbanísticos. En última instancia, Silva

aprovecha el molde del género, que tan bien domina, para escribir una novela sobre la descomposición moral del poder político y social.

Dolores Redondo pone fin a su exitosa trilogía del valle del Baztán con *Ofrenda a la tormenta* (Destino), en la que la inspectora de la policía foral Amaia Salazar debe investigar la sospechosa muerte de un bebé, en principio súbita pero a la postre con evidencias de asesinato. El gran distintivo de la novela de Redondo consiste en la conexión del relato policiaco con el mundo de los mitos y las leyendas en el espacio natural del valle del Baztán, de modo que, junto a la resolución de la intriga, invita al lector a la reflexión sobre cuestiones sobre el mal o la locura y sobre el efecto en una comunidad de ciertas leyendas ligadas a seres mágicos y demoníacos.

La literatura como fuente de la ficción: las apuestas metaliterarias

La incorporación de lo metaliterario a la conformación de la novela sigue dando varios títulos cada año. La especulación y la referencia a la escritura propia y al proceso literario en general están presentes en las novelas citadas de Cercas, Muñoz Molina y Landero. Asimismo, conviene leer *Alabanza* (Literatura Random House) de Alberto Olmos por las reflexiones que aporta acerca del ejercicio y el futuro de la literatura, en particular la de índole comercial supeditada a las ventas, y también *Parece que cicatriza* (Talentura) de Miguel Sanfeliu, cuya primera parte atañe a la esperanza vital puesta en la escritura.

A este respecto hay varios títulos que indagan en los territorios de la historia de la literatura. Andrés Trapiello remata en *El final de Sancho Panza y otras suertes* (Destino) lo iniciado con *Al morir Don Quijote*: la arquitectura de una novela de aventuras para rendir tributo al pensamiento y la escritura de Cervantes dando vida novelesca a sus personajes. Ahora, un Sancho Panza cultivado y leído hace de escudero de un bachiller Sansón Carrasco tentado por las minas de oro y plata indianas y ambos se dirigen a Sevilla con el propósito de embarcarse al Nuevo Mundo.

Desde una postura irónica y paródica Fernando Aramburu retrata en *Ávidas pretensiones* (Seix Barral), Premio Biblioteca Breve, el mundo de los poetas, la denominada *poetada*, que aparece como narcisista y cerrada, vanidosa y envidiosa, lujuriosa y hedonista. El tono humorístico se intensifica gracias al dominio expresivo de Aramburu que sabe dotar su prosa de un ingenio lingüístico notable. Tomando la parte por el todo, lo que aquí se cuenta de la rivalidad, el odio, los celos, las frustraciones y las ambiciones de los poetas bien vale, con su afán desmitificador, por una sátira de la esencia y las conductas del ser humano en general.

Antonio Rivero Taravillo se suma con *Los huesos olvidados* (Espuela de Plata) a la celebración del centenario del nacimiento de Octavio Paz. Arranca de un tiempo cercano en el que una profesora de literatura procura averiguar las circunstancias de la muerte de su padre en la Guerra Civil. Como hiciera Ignacio Martínez de Pisón con José Robles en *Enterrar a los muertos*, Rivero Taravillo se ha inspirado en un personaje real, Juan Bosch, un miliciano del POUM, amigo de Paz en sus años infantiles y adolescentes, para incidir en las luchas internas entre los estalinistas y los poumistas y abrir el debate sobre la recuperación de la memoria histórica. El

basamento de la literatura está muy presente con la figura de Paz, pero también con la de Elena Garro, su primera mujer, y las apariciones instantáneas de John Dos Passos y George Orwell.

Juan Gómez Bárcena se estrena en la novela con *El cielo de Lima* (Salto de Página), en la que reconstruye la relación epistolar de Juan Ramón Jiménez con la inexistente Georgina Hübner, a la que dedicó «Carta a Georgina Hübner en el cielo de Lima» integrado en *Laberintos*.

Por vía libre

Si bien cada año aparecen novelas singulares, como las de 2014: *Brilla, mar del Edén* (Galaxia Gutenberg) de Andrés Ibáñez, *Los huérfanos* (Galaxia Gutenberg) de Jorge Carrión, *El mapa del caos* (Plaza & Janés) de Félix Palma y *La puerta de los pájaros* (Impedimenta) de Gustavo Martín Garzo, cabe reconocer que Ricardo Menéndez Salmón sigue una senda particular y distinguida en la narrativa actual con cada nueva entrega. Con *Niños en el tiempo* (Seix Barral) presenta una estructura muy elaborada conformada por tres historias independientes y conectadas: *La herida*, sobre la muerte de un niño y el efecto devastador en la relación entre sus padres; *La cicatriz*, sobre la infancia de Jesucristo; y *La piel*, sobre el viaje de una mujer embarazada a una isla. Aunque la columna vertebral visible de la novela reside en el amor y la paternidad/maternidad como grandes núcleos temáticos, sin embargo en el fondo al Menéndez Salmón reflexivo y filosófico le interesa el valor del arte, la literatura y la palabra como salvación y paliativo ante el dolor.

Igualmente, personal ha sido la trayectoria de Javier Tomeo, del que han aparecido dos obras póstumas en 2014. *El hombre bicolor* (Anagrama) conforma una novela breve apuntalada sobre la estructura de una suerte de viaje iniciático que Hermógenes W., recaudador de impuestos, realiza a la ciudad gótica y bastante deshabitada de Boronburg, en el reino de Burgundia. Las situaciones insólitas y las reflexiones planteadas, sobre la identidad o la soledad, tienen una estirpe kálfica y recuerdan el expresionismo, el absurdo y el simbolismo del Tomeo de siempre. Por su lado, *El fin de los dinosaurios* (Páginas de Espuma) reúne un conjunto heterogéneo de microrrelatos, algunos de ellos ya publicados y rehechos o reeditados ahora, próximos al bestiario en muchos casos.

La narrativa breve

Además de la recopilación *De lo maravilloso y lo real* (Fundación Banco Santander) de Joan Perucho, la antología *La carpa y otros cuentos* (Libros de Ítaca) de Daniel Sueiro y el rescate de *Zeta* (Salto de Página) de Manuel Vilas, el año 2014 ha traído algunos libros de relatos valiosos, como *La trama oculta* (Páginas de Espuma) de José María Merino, *Tecleo en vano* (De la luna libros) de Pilar Galán, *Física familiar* (Salto de Página) de Jon Bilbao, *Caminos anfibios* (Menoscuarto) de Ernesto Calabuig, *Crímenes ilustrados* (Menoscuarto) de Álvaro del Amo, *Mientras nieva sobre el mar* (Páginas de Espuma) de Pablo Andrés Escapa, *Canciones de amor y de lluvia* (Anagrama) de Sergi Pàmies y *Los nuevos pobladores* (Traspiés) de Pilar Fraile Amador.

J. J. M.—UNIVERSIDAD DE CÁDIZ